

## DISCURSO

Por JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

Señores Académicos:

Quiso la Academia Colombiana que su instalación solemne se verificase un 6 de agosto para celebrar de esa manera el aniversario de la fundación de Bogotá, y consiguientemente el de los actos por medio de los cuales el cristianismo, la civilización y la lengua castellana tomaron posesión de nuestra tierra. El aniversario que hoy festejamos es doble: es el de aquellos mismos inolvidables hechos y el de la instalación de esta Academia. La sesión presente es, pues, como una de aquellas gratas reuniones de familia en que no se trata de intereses ni de asuntos graves, sino de dar testimonio de la satisfacción que causa el recuerdo de algún suceso próspero; y así, no es de extrañarse que el señor Director de la Academia, habiendo de designar a uno de los individuos de ella para que pronunciase un discurso delante de esta reunión, haya puesto los ojos en el único que es incapaz de presentar un trabajo tal como el que habría presentado cualquiera de mis colegas, el que habría servido a un mismo tiempo para solemnizar el acto y para adelantar en los estudios y trabajos propios de nuestro instituto.

No puedo, con todo, dejar de hablar en esta ocasión acerca de la lengua castellana, ya porque para contribuir a *limpiarla, fijarla y darle esplendor* es para lo que nosotros estamos asociados, ya porque el fin con que principalmente nos hemos reunido ahora es el de celebrar el aniversario de su introducción en el país. Propóngome, por tanto, exponer lo que, no como filólogo ni como erudito, sino como simple observador, he podido notar en orden a la suerte que aquella lengua ha corrido entre nosotros desde que, mediante nuestra emancipación, dejó de ser una misma la que hubiera de correr aquí y en la Península.

Hablaré primero de las causas que han influido en su decadencia y corrupción, y señalaré antes que otras la proscripción del estudio del idioma latino, único que ha existido entre nosotros sin existir también en todos los países en que se habla castellano.

Siento no poder valerme, para probar la utilidad del estudio del latín y la influencia que ejerce sobre el uso de nuestra lengua y de las demás romances, de demostraciones matemáticas o de argumentos de que pudiera concluirse que el conocimiento del latín produce

dinero; porque la naturaleza de los razonamientos que emplean sus adversarios me persuade de que éstos no han de satisfacerse con pruebas de otra clase.

Cuando en un país es general el conocimiento y el uso de una lengua extraña, hay entre los naturales irresistible propensión a modificar su lengua propia, adoptando con necesidad o sin ella voces y locuciones de la extraña. Si ésta y la del país son de índole diversa, la última se desfigura y se corrompe. Pero si la una se ha derivado inmediatamente de la otra, nada de lo que la moderna tome de la antigua será contrario a su índole, y aquélla podrá imitar a ésta en lo más excelente que la distinga, sin que se haga amalgama extravagante y grotesca de elementos inconciliables. La lengua castellana es hija de la latina; ésta se distingue por su majestad, prendá de que el castellano heredó mucha parte y la conservó mientras la posesión del latín fue general. Los grandes escritores de la edad de oro de las letras españolas, a quienes apenas podemos imitar hoy, no tuvieron modelos españoles a que ajustarse: sus escritos eran un eco de la literatura latina en que estaban embebidos.

Adviértase cuán bien suenan en nuestra lengua muchos modos de decir latinos, tales como las cláusulas absolutas; cuán ventajosa para ella es la comparación que puede hacerse entre ella y varias de las modernas, en cuanto a la necesidad que hay en éstas de repetir fastidiosa e inútilmente los sujetos de los verbos; y en cuanto al hipébaton, esto es en cuanto a la libertad que hemos heredado de los latinos de colocar las palabras del modo que parezca más elegante, más armonioso o más propio para la energía de la frase. Aún hay en algunos escritos latinismos censurables que el lector no echa de ver, porque encuentra en ellos el mismo sabor que en el resto de la composición: cosa natural, porque al cabo los latinismos no son más que como aquellos ademanes, aquellas expresiones, aquellos gestos que, si los descubrimos en una persona, nos recuerdan vivamente a su padre.

Desde la época de nuestra emancipación política, se ha adelantado aquí en el arte de escribir y de componer, entendida esta expresión en su mayor latitud; pero nuestros mayores nos aventajaban en cuanto al uso de la lengua. De ello dan clara muestra los escritos de García del Río, de Caldas, de Nariño, de Madrid, de Zea y de los demás hombres eminentes contemporáneos de éstos. A que ellos sobresalieran así, debió de contribuir eficazísimamente el conocimiento del latín, pues su estudio formó la parte principal de la educación literaria de aquellos hombres.

A medida que el siglo ha ido adelantando, ese estudio y el manejo de los clásicos latinos se han ido haciendo más raros. Y si no fuéramos testigos del hecho, lo descubriríamos examinando los escritos de cada una de las cinco o seis décadas anteriores a la presente. Entre los escritos de hombres que se educaron cuando aún estaba en boga el latín, se halla gran semejanza con los de los siglos pasados; en los de neogranadinos, educados algo más tarde, empezará a echarse menos esa semejanza, y en los escritores recientes no se ad-

vertirá sino la más remota que puede hallarse entre escritores que se sirven de un mismo idioma.

A hacer revivir el estudio del idioma y el de los clásicos latinos debería impulsarnos el ejemplo de las naciones más cultas de Europa y América, en las cuales se sigue haciendo siempre con el mismo ahinco con que entre nosotros solía hacerse. El entra en el plan de estudios de todas las universidades y colegios afamados, y los sabios de nuestros días hacen sobre ese magnífico idioma investigaciones de maravillosa profundidad. Y estas investigaciones no son doctos pasatiempos: son fundamento para los más provechosos estudios sobre la lingüística, la arqueología, la historia y sobre cada una de las lenguas relacionadas con la latina.

Para hallar en la lectura de los clásicos de esta lengua el placer que ella puede procurar, y para sacar de su manejo la ventaja de adquirir buen gusto, poco aprovecha que poseamos traducciones de sus obras. Los enemigos y despreciadores del latín no pueden imaginarse cuál es la diferencia entre leer, verbigracia, a Virgilio o a Cicerón en los originales y leerlos en traducciones. Pero sí pueden notar que sólo entre los individuos que poseen la lengua latina se hallan adoradores apasionados de esa literatura, lo que prueba que sólo ellos han podido gustar realmente de sus bellezas.

Ni los adversarios del latín podrán negar, si han gustado de la lectura del *Quijote*, que esa obra, traducida a cualquier lengua, queda despojada de la mayor parte de su atractivo. Y lo que sucede con el *Quijote* sucede con las obras clásicas latinas, en las cuales el lenguaje contribuye tanto a su excelencia, por la majestad, la concisión, la elegancia y la armonía que lo caracterizan, cuanto el castellano usado por Cervantes contribuyó a hacer de su obra el pasmo de las edades.

De Víctor Hugo y de Lamartine abundan aquí fervorosos admiradores. De Byron apenas conocemos alguno. Las obras de aquéllos han podido ser saboreadas por muchos en el idioma original, que es fácil y universalmente conocido. Las de Byron sólo pueden serlo por quien conozca bien el inglés; los buenos conocedores del inglés son harto escasos entre nosotros, y las traducciones de sus obras han sido tan insuficientes para hacer gustar de sus bellezas como lo son las de los clásicos latinos para dar a conocer las que en ellos abundan.

Cualquiera de los enemigos del latín se convertiría en defensor de él si, llegándolo a aprender a pesar suyo, experimentara por sí mismo el sabor especial, la gracia, la fuerza o el donaire que en sí contienen ciertas citas y alusiones que se refieren a pasajes de libros latinos, citas y alusiones de que están como empedradas casi todas las obras antiguas y modernas de autores hábiles, y con que las personas doctas amenizan muy a menudo su conversación.

Las ciencias, cuyo culto (si bien un poco platónico) está ahora de moda aun entre los que miran el latín como inútil y retrógrado, han adoptado el latín como idioma suyo. En latín escribe sus obras cada sabio para estar seguro de ser entendido y fielmente interpretado por los demás sabios del mundo, cualquiera que sea la lengua que hablen.

Pero me he apartado de mi propósito, y vuelvo a él. Suprimido el estudio de la lengua y la literatura latinas, la constante lectura de los buenos autores españoles, sobre todo la de los antiguos, habría aún mantenido el castellano en su prístina pureza y habría estorbado que se empobreciese, como entre nosotros se ha empobrecido. Así entre la gente instruída como entre la ignorante, ha venido el caudal de la lengua a quedar tan reducido, que hoy solamente los pocos que han hecho de ella especial y dilatado estudio conocen todos los vocablos que pueden hallarse en las obras escritas antes de este siglo o compuestas en él por españoles; de que resulta que estamos privados del servicio de innumerables voces necesarias, sólo porque la incuria ha hecho que caigan en desuso, y que nos habituemos a echar mano de toscos provincialismos y de voces y frases extranjeras para expresar infinitas cosas que pudiéramos declarar mejor con palabras que son nuestras porque pertenecen a nuestra lengua, pero de que no nos aprovechamos porque las tenemos como enterradas en el Diccionario y en los demás libros que deben servir de pauta para hablar y escribir.

El empobrecimiento a que la lengua ha venido entre nosotros y lo extraños que se nos han hecho los recursos que ella ofrece para engalanar la frase y para dar valentía y agradable novedad a la expresión, se nota muy señaladamente en las composiciones de nuestros poetas, muchos de los cuales se muestran dotados de talento e inspiración, pero desprovistos de aquella destreza en el manejo de la lengua que por sí sola hace eminentes a no pocos escritores.

El manejo frecuente de los clásicos y de todos los escritores correctos españoles enseña a aprovechar los multiplicados recursos con que brinda la lengua para dar al discurso, ya fuerza y vehemencia, ya elevada entonación, ya concisión y energía, ya gracia y donosura. Pero los clásicos y aun los autores españoles de todo linaje, han ido haciéndonos más y más extraños a medida que la literatura francesa ha ido invadiendo el país; contratiempo que tendría su compensación si en lo moral, en lo artístico o en lo científico hubiéramos ganado tanto con esa invasión cuanto hemos perdido en lo literario; pero que no ofrece sino motivos de sentimiento a quien contempla que las obras francesas que han abundado y cuya lectura se ha extendido y ha podido ejercer influencia, son casi en su totalidad novelas, que ya harían bastante daño si no causaran otro que el de quitar a los que se enfrascan en su lectura toda disposición a leer obras en que pudieran instruírse o adquirir buen gusto literario. A nuestra falta de comunicaciones comerciales y literarias con España y con los demás países en que domina el habla castellana hay que echar parte de la culpa de este mal. Leer es una necesidad; y a falta de libros españoles hay que echar mano de los únicos que el comercio nos ofrece, que son los franceses.

¿Y por qué, se dirá, volver la vista atrás cuando se trata de ir hacia adelante? ¿Por qué remontarse a lo antiguo, al latín y a los clásicos españoles, para buscar medios de perfeccionarnos en el uso de la lengua?

Natural es que hagan estas preguntas los que creen que todo progreso consiste en demoler u olvidar lo viejo para abrazar algo nuevo.

Con los idiomas sucede lo que con los ríos: sus aguas están más puras cerca de su nacimiento que lejos de él; a medida que de él se alejan, su caudal, acrecentándose, se enturbia. Entúrbiase el de una lengua con lo que recibe de corrientes que fluyen de fuentes distintas de la suya.

Preguntad a los pintores por qué para adelantar en su arte copian cuadros de la época en que floreció Rafael de Urbino; a los escultores, por qué, aun más que a imitar a la naturaleza, aspiran a imitar los modelos que les dejó la Grecia; a los arquitectos, por qué tienen por más dignas de imitación las ruinas de antiguos templos y ciudades que el *muy bonito* teatro de la Grande Opera; a los poetas de hoy, por qué procuran embeberse en las obras de Homero, de Virgilio, de Horacio, o bien en las del Tasso, el Dante, Shakespeare, Milton, Lope de Vega o Calderón, no proponiéndose escribir como ellos, sino aspirando a competir con los contemporáneos célebres. Todos ellos os responderán que la inspiración artística y el gusto puro no se hallan sino en el estudio de la antigüedad. El hecho es singular y misterioso, pero es innegable. Ahora bien, con el idioma sucede lo que con las bellas artes: quien busca la perfección en él ha de estar mirando hacia lo pasado.

Ni se maravillará de que así suceda quien observe que el progreso que consiste en dejar lo viejo y adoptar lo nuevo es el que se debe al descubrimiento de verdades que habían permanecido ocultas, y a las aplicaciones de esas verdades a las artes o a la industria. Todos los adelantamientos hechos en este siglo son de ese género; y bien puede preverse que seguirán haciéndose, porque las ciencias tienden naturalmente a adelantar. Cada verdad que se descubre abre la puerta y señala el camino para que se llegue al conocimiento de otra que a su vez también será fecunda. De todas las que se van descubriendo va el género humano juntando un caudal que siempre crece, porque las nuevas no quitan su lugar a las antiguas. Así, un sabio de nuestros días puede hallarse en posesión de todo el tesoro de verdades que encerró la cabeza de Newton, aumentado con todo lo descubierto después de su época.

Pero lo que estaba encerrado en el alma de Miguel Angel pereció con él.

En lo que concierne a la imaginación, en lo que cae bajo el dominio de las bellas artes no hay progreso en la época presente. Se produce lo bastante, no para satisfacer, sino para mantener excitada el hambre de lo bello que aqueja siempre a los hombres; lo preciso para calmar el ansia de novedad que agita al mundo; pero en la conciencia de todos se halla la confesión de que los hombres de esta época no estamos haciendo antigüedad. ¿De dónde sino de la convicción de que no hemos de poder competir con los antiguos ni con nuestros inmediatos antepasados, viene ese culto por los escritores, por las pinturas, por las estatuas, por los edificios de otras edades,

que está de moda y que nos absorbe el tiempo y nos gasta las fuerzas que nuestros mayores habrían empleado en trabajar por producir obras que hicieran olvidar las que para ellos habían sido modelos y objeto de admiración?

Mal que nos pese, recordamos al ver que el conato único de los que aman el arte es desenterrar lo antiguo, y estudiarlo, y escudriñar y buscarle nuevas bellezas, la fábula en que Iriarte refiere que los zánganos, sintiéndose incapaces de hacer cosa de provecho, resolvieron desenterrar el cadáver de una abeja "muy hábil en su tiempo y laboriosa", para hacerle pomposas exequias y susurrar de ella "elogios inmortales".

Volvamos al estudio de los antiguos. ¿Por qué, dirán muchos, no sustituir a su áspero y fatigoso estudio el de los contemporáneos? La prueba está ya hecha: ahí está la generación que se ha criado a los pechos de la escuela moderna; ahí está la juventud que, mezclando lo útil a lo dulce, ha estudiado literatura en Alejandro Dumas y en Víctor Hugo. ¿Saldrán de ella siquiera otros Dumas y otros Hugos?

Más de veinte siglos no han sido poderosos para gastar los nombres de Homero y de Virgilio, ni para empañar el brillo de su fama. De los libros que acerca de uno y otro se han escrito pueden formarse hoy bibliotecas. ¿De aquí a dos mil años estarán los hombres estudiando a Chateaubriand, a Lamartine, a Víctor Hugo, a Byron o a Schiller? Cuando el francés, el inglés y el alemán de hoy sean lenguas muertas, ¿habrá comentadores de alguno de estos ilustres contemporáneos nuestros que se consuman en vigiliias para indagar el verdadero sentido de un verso de Hernani o de un pasaje del Child Harold? Algo hay dentro de nosotros que nos responde: ¡No!...

Perdonadme, señores académicos; en el trato con vosotros he aprendido, entre otras cosas, que en todo lo que se escribe debe haber unidad: en este discurso (si merece tal nombre) no acierto a guardarla. No me excusa ni siquiera la ignorancia: deba yo el perdón a vuestra pura indulgencia.

No es extraño que con el idioma suceda lo que con las bellas artes. Ya he dicho que no suelen hacerse invenciones que contribuyan al progreso sino en lo que mira a las ciencias y a la aplicación práctica de sus principios. Y en cuanto al idioma, nada hay que descubrir. Los idiomas pueden adelantar y adquirir perfección nueva en las épocas fecundas en ingenios en que se verifican revoluciones favorables para las artes y para el gusto; pero a nosotros no nos ha tocado vivir en una época de esas.

Cada lenguaje se ha formado según ciertas leyes que no han sido conocidas por los hombres en cuyas bocas empezó a formarse, y cobró la perfección a que ha podido llegar.

El análisis maravillosamente ingenioso que de los idiomas están haciendo los sabios de nuestros días, ha hecho patente la existencia de esas leyes, y ha demostrado que los hombres, si hubieran acometido la empresa de componer una lengua, habrían fracasado, por ser la sabiduría de aquellas leyes superior a cuanto cabe en la previsión y en el ingenio humanos.

La invasión de la literatura francesa, al paso que ha quitado a la española el lugar que habría debido ocupar, también ha influido directamente en la corrupción de nuestra lengua. Esta se aprende a usar, como todas, no sólo en lo que se oye, sino principalmente en lo que se lee. Y lo más de lo que aquí se ha leído en los últimos cuarenta años se ha leído no ya en francés (ojalá que así hubiera sido) sino en el dialecto de los que traducen del francés, a tantos francos por página, para proveer al comercio del artículo de exportación llamado libros. De ese dialecto se han tomado voces y locuciones sin cuento; ese dialecto ha sido adoptado por casi todos los que escriben, y así los modelos y las lecciones para el vulgo se han multiplicado a maravilla.

De esto han nacido millares de monstruosas hibridaciones que afean el lenguaje; porque la mezcla de dos lenguas de índole diferente no puede producir otra cosa. El francés tiene sus perfecciones y bellezas peculiares, pero esas mismas se convierten en defectos y repugnantes lunares, introducidas en una lengua que, por su índole, exige bellezas y perfecciones de otro género. Los franceses echarían a perder su idioma y lo despojarían de la precisión y exactitud con que expresa las ideas, si quisieran imitar aquella libertad de que nosotros gozamos para colocar las palabras, o los largos y armoniosos períodos que hacen tan sabrosa la lectura de nuestros buenos escritores.

Nuestras costumbres y las leyes modernas han desterrado la oratoria y han hecho superflua la elocuencia. El abogado que en sus alegatos se propusiera imitar a Cicerón, provocaría la risa de los jueces y la rechifla de la barra. De elocuencia popular no se ven más muestras que las arengas que en ciertos aniversarios se pronuncian al aire libre, y aquellas con que se solemniza uno que otro entierro; pero como a cada orador no toca pronunciar más que una o dos en su vida, de ese género no se hace estudio. En nuestras Asambleas legislativas estaría la elocuencia aún más fuera de su lugar que en el foro; y, con efecto, en ellas está hace mucho tiempo totalmente abolida, abolida como los vistosos trajes y los tratamientos de los magistrados, distinciones que desdican de la igualdad que debe reinar en un pueblo libre.

Esta decadencia de la oratoria ha sido parte para que la lengua pierda entre nosotros la majestad que en otro tiempo la distinguió. Así como han desaparecido aquellos trajes de que acabo de hablar, que distinguían a los magistrados del común de los ciudadanos, y todos nos vestimos de un mismo modo en todas ocasiones, la elevación del tono y la magnificencia en el decir, que tenían cabida en ocasiones determinadas, se han arrinconado como los dichos trajes, y todos gastamos un lenguaje llano, familiar y casero.

Pero cuando llega el caso de tener que componer o que pronunciar pieza de lujo, la necesidad de lucir a toda costa y el prurito de la originalidad obligan a ocurrir a tropos, imágenes, exageraciones y figuras de todo linaje que, cuando (como acontece bien a menudo) no son parto de un verdadero ingenio, hacen ridículo y extravagante lo que por su autor estába destinado a ser elegante, sublime o enér-

gico. De esto ha venido la abundancia de perfectos modelos para cuantos, careciendo de doctrina, quieran engalanar sus composiciones y hacerlas subir a tono elevado; de eso ha venido asimismo que se extiendan ciertos modos de hablar que deslumbraron acaso a la muchedumbre indocta la primera vez que fueron oídos, y que por eso tuvieron acogida. Expresiones tales como *lanzar una candidatura*, *la confección de las leyes* y *los documentos que arrojan datos*, no andarían en boca de todos, si alguna vez un escritor ansioso de aplauso no hubiera querido, empleando esas locuciones, apartarse del camino trillado, cualquiera que fuese el atajo que se le presentara.

El gusto literario no ha padecido menos que el idioma con los esfuerzos hechos en busca de originalidad. La primera extravagancia a que da origen el afán por conseguirla es la de no querer dar a las personas y a las cosas sus verdaderos nombres. Hasta el nombre cristiano de Dios le pareció gastado al autor de unos versos en que le llamó *Alá*. El nombre de Nuestro Señor Jesucristo también ha parecido ya demasiado vulgar a los que lo han afrancesado convirtiéndolo en *el Cristo*, así como a los que lo llamaron *el Hijo hombre*, *el Joven galileo de Nazaret* y *el Sublime Descamisado*.

Permitide, señores, que os ponga a la vista unos cuantos pasajes que he tomado de composiciones atribuidas a ciertos paisanos nuestros que gozaban en la época en que las dieron a luz, de fama y de ascendiente; pasajes que demuestran mejor que cualquier razonamiento, cuanto puede extraviar la sed de originalidad:

“Vengo a colocar una guirnalda de flores en la frente del porvenir y una corona de espinas en la frente del pasado.”

“La mitad de la humanidad se arroja con las mantas de la mendicidad, mientras que una parte de ella se reclina orientalmente en los aterciopelados cojines de la opulencia.”

“Más allá de la apagada estrella de la existencia no llegan sino las bendiciones arrojadas a la filosofía.”

“Empezaré por deteneros en la escena que pasa en una de esas habitaciones que circundan nuestras ciudades: ¿qué encontráis ahí? Cuatro niños desnudos, flacos, sentados junto a la hoguera que está calentando el porvenir de su existencia, la escasa esperanza de su estómago.”

“El delito más horroroso que se halla en los anales de la política, es el de esos monstruos que decapitan la inocencia en la guillotina de la mentira.”

“El genio opaco del despotismo fue desmayado por las ninfas de la mansedumbre; y... sobre la tumba de la ignominia se ostentó el solio de la generosidad.”

Las composiciones de donde he tomado estos fragmentos alcanzaron celebridad, y como se dice ahora, formaron escuela. De ellas ha habido imitaciones bastantes para que se les pueda atribuir en parte la difusión del mal gusto.

La facilidad con que aquí se hace uso de la imprenta es, en mi sentir, otra de las causas de decadencia en el lenguaje. Como todos se creen en la obligación o en la necesidad de imponer al público de lo que piensan, así sobre las más elevadas cuestiones de moral y de



política, como sobre la venalidad y corrupción del juez que ha dictado un auto al sabor de su parte contraria; como a nadie falta materia para escribir, aunque no sea más que las virtudes del específico que ha descubierto y que ofrece a la *humanidad doliente*, no hay quien se abstenga de escribir. Y como casi todos escriben sin pretensiones de ganar fama literaria y sin habilidad para ganarla, contentándose con *ir al grano*, se están ofreciendo incesante y profusamente al público modelos de un lenguaje que, si no siempre es ramplón o incorrecto, es las más de las veces vulgar y poco esmerado.

Tanto como el pudor puede retraer a una joven de cantar en público, retraía en otro tiempo a todos de escribir un saludable engomimiento, nacido de la idea de que para hablar con el público se necesitaba de dotes especiales.

El periodismo ha hecho que el arte de redactar en un lenguaje exento de solecismos venga a ser común entre la gente educada; y sobrado rigor sería llevárselo a mal. Pero con esta vulgarización del arte de escribir ha sucedido lo que con la de las ciencias, que si por una parte ha puesto lo somero de alguna de ellas al alcance de un gran número de personas, dando visos de cultura a ellas y a nuestra sociedad, y aun procurando algunas ventajas reales, por otra parte va extinguiendo toda afición a estudios detenidos, sólidos y profundos, y va haciéndonos impacientes y superficiales, de forma que bien puede llegar día en que lo superficial de hoy venga a ser lo más profundo, y en que los sabios sean los que sepan lo que hoy sabe la muchedumbre.

A tantas causas que han ocurrido para quitar su lustre a nuestra lengua, se agrega la que, hasta hace poco tiempo, se ha reputado el estudio de la gramática como medio eficaz y como el único a que se puede ocurrir para aprender a hablarla y escribirla correctamente: errada afirmación que sirve de principio a casi todos los libros que llevan el título de gramática de la lengua castellana. Aun en los poquísimos de esos libros que merecen tal título, no pueden hallar los que desean conocer la lengua nada de lo que concierne al significado y las diversas acepciones de los vocablos; y lo que en ellos se encuentra relativo a los regímenes, al empleo de los tiempos, a la naturaleza de las voces difíciles de clasificar y otros muchos puntos sustanciales, está muy lejos de ser completo.

A estudios mejor dirigidos se debe que de algunos años a esta parte se esté adelantando en el verdadero conocimiento de la lengua; y a las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, obra que nuestro colega el señor Cuervo escribió con el único y modesto propósito de corregir con él errores y defectos vulgares, pero que ha venido a ser la delicia de los doctos y fuente de instrucción para todos, se debe que, entre nosotros, la lengua haya recobrado mucha parte de su antiguo brillo y de su perdida riqueza.

Nunca han faltado aquí aficionados al cultivo de las letras; pero sí habían faltado, a principios y hacia el medio de la época a que me estoy refiriendo, escritores que dieran toda la debida importancia a la corrección, pureza y elegancia del lenguaje. Algún tiempo hace ya, han empezado a abundar escritores que, mediante el estudio de

las letras españolas y la discreta imitación de los buenos modelos, den ejemplo de corrección y de elegancia.

No es fácil determinar cuánto hayan contribuído los trabajos de la Academia Colombiana al pulimento que, según se observa, va adquiriendo la lengua en nuestra tierra. Mas para satisfacción nuestra y para que se sepa que sí tenemos por qué celebrar con gozo el presente aniversario, diré que la Academia ha trabajado con aquel laudable fin y ha logrado conservarse, no sólo careciendo del apoyo, los estímulos, las remuneraciones y la cooperación con que en otros países se ven favorecidas las instituciones de su especie, sino pugnando contra la malquerencia de unos y contra la indiferencia de casi todos los que no son enemigos declarados.

Es también lisonjero poder afirmar que muchos de los individuos de la Academia han contribuído de una manera sensible a esos progresos que han empezado a hacerse en el conocimiento y uso de la lengua. De uno de ellos ya tengo hecha mención. Este mismo y el señor Caro han acreditado y facilitado el estudio del latín; y si alguna vez, merced a ello, el conocimiento de este idioma y la afición a los clásicos latinos vuelven a extenderse, la lengua les deberá el ver removida una de las causas de su decadencia.

La propensión a despreciar todo lo que no es mejoras materiales y adelantamientos industriales y mercantiles, la adoración exclusiva de *lo positivo*, un no nada ilustrado espíritu de progreso, hacen mirar a algunos el lenguaje como un mero conjunto de signos convencionales que pueden cambiarse de cualquier modo, aunque sea la ignorancia quien introduzca los cambios. Yo mismo he oído decir a individuo que se precia de ilustrado y progresista, y que puede ser considerado como representante genuino de la opinión que domina entre muchos, que en materia de lenguaje, *lo que importa es que nos entendamos unos a otros*, que es lo mismo que afirmar que en materia de cuadros lo que importa es que sepa qué es lo que el pintor ha querido representar.

Harto superficialmente ven las cosas los que no ven en una palabra sino una ligera vibración del aire. Esta ligera vibración es ciertamente de menos valor que el átomo de polvo que el soplo más tenue remonta por el aire: millones de millones de ellas están en cada instante atravesando el espacio, sin que de ninguna quede rastro ni memoria; sabios e ignorantes, grandes y pequeños, pueden a su antojo producir las en copia incalculable en todas las horas de su existencia, sin pena y sin esfuerzo; y todos, aprovechándose de esta portentosa facultad, desperdician en cada minuto las que, reunidas, bastarían para ahogar los bramidos del océano y el estruendo de cien tempestades. Todos las tienen y todos las dan, sin que al desprenderse de ellas se les disminuya el caudal que poseen. Todas son de todos y de cada uno; y cada uno puede estropearlas y cercenarlas sin que alguno tenga derecho de quejarse de que se ha atropellado lo que es propiedad suya. Nada cuesta menos que una palabra; nadie se engríe ni se recrea con el número infinito de palabras que tiene en su poder.

Esto será lo que han contemplado los que tienen un poco de palabras, es decir, el idioma.

Pero una palabra puede ser, y ha sido, instrumento para llevar a cabo las más altas empresas; el arma con que, mejor que con escuadras y cañones, se conquistan imperios; el medio de producir las revoluciones que cambian el semblante del mundo.

El idioma, pues, que es el conjunto de las palabras, empleadas metódicamente, no merece el desdén con que, en nombre del progreso, se le quiere tratar.

El lenguaje es el noble complemento de las facultades intelectuales y morales del hombre, don precioso que éste debe a Dios y que no puede emplear sino con las condiciones y según las leyes que Dios mismo ha establecido, así como no puede hacer uso de aquellas facultades sino conforme a leyes establecidas por Dios. Tan incapaces seríamos de crear un idioma como lo somos de crear una nueva facultad mental, o la de ejercitar alguna de las que poseemos por un método distinto del que enseña la naturaleza. El lenguaje tiene una parte principalísima en la generación de las ideas, en su enlace y en las operaciones mediante las cuales se les da forma, o se las hace sensibles. El lenguaje ofrece a las ideas como una sustancia para que encarnen. De la importancia de este papel que él desempeña en las operaciones del entendimiento, resulta la influencia que cada lengua ejerce en la literatura de la nación a que pertenece, y para la de cada una resultan de esa influencia ventajas o bellezas diferentes. No es por tanto extraño que cada nación, así en los tiempos antiguos como en los modernos, haya mostrado tanto amor a su lengua como a la patria misma. Cada una mira encarnadas en ellas sus glorias literarias y sus tradiciones históricas, y en ella ve un vínculo, el más estrecho de todos, después del de la religión, que liga cada generación con las anteriores y con las que han de sucederle. Un pueblo culto conserva puro su idioma a fin de que pase a su posteridad como uno de los rasgos que pueden darle a conocer los antepasados cuya memoria venera; así como guardamos con esmero cariñoso los retratos y otros objetos que pueden dar a nuestros hijos idea de nuestros mayores. Nada han exagerado los que han dicho que la cultura de un pueblo se mide por el grado de pureza y de perfección con que haga uso de su lengua.

Y si el idioma que a una nación le ha tocado hablar brilla y descuella por prendas y bellezas señaladas; si en él se conservan copiosos e interesantes monumentos de la antigüedad, y sublimes concepciones de ingenios insignes, esa nación daría una prueba inequívoca de atraso y de barbarie si dejara que su lengua se corrompiese.

Esto haríamos nosotros si, por no remover las causas de decadencia que pueden ser removidas, viniésemos a echar a perder la lengua que nos ha tocado hablar, lengua privilegiada por su hermosura, lengua cuya historia es tan gloriosa, por lo menos, como la de la lengua moderna que más puede ufanarse por su origen, con sus tradiciones y con la fama de los escritores que en obras de universal celebridad le hayan dado lustre y hayan encontrado en ella un auxiliar poderoso para hacer inmortales sus escritos.